

16/2016

18 de febrero de 2016

Jordi Torres Roselló*

DAESH: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

DAESH: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Resumen:

El auge de los ataques terroristas perpetrados por el Daesh ha puesto en el centro del debate político y social los clásicos conceptos de civilización y barbarie. Evitar estos maniqueísmos debe ser el primer paso para derrotar al grupo terrorista. Civilización es a menudo un término viciado por una o varias civilizaciones particulares y, así mismo, el concepto de barbarie describe una proximidad hacia la sinrazón y el salvajismo que no se encuentra en el fondo ideológico del Daesh sino en sus actos, gestionados para alcanzar objetivos concretos. Cuando son lobos entrenados para devorar a seres humanos los que atacan, no podemos hablar de comportamiento animal. La barbarie gestionada tiene más que ver con la civilización que con la barbarie.

Entender que el Daesh no son bárbaros sino un grupo que gestiona la barbarie es elemental para entender su éxito. Hay que comprenderlo todo desde la civilización, colocar un fenómeno en un estado de barbarie es quitarlo del escenario político y social en donde cabe el diálogo, las posturas intermedias, el estudio y el análisis académico. Hay que *civilizar* al Daesh, en el sentido de introducirlo de nuevo dentro del término civilización, para poder comprenderlo como un conflicto relacionado con la modernidad occidental. Construir la dicotomía de civilización y barbarie para escenarios tan complejos es producir una demagogia simplista que sólo servirá para oscurecer el fenómeno y con ello elaborar estrategias menos eficaces para derrotarlo.

Abstract:

The rise of jihadist attacks by Daesh has put under the spotlight of the political and social debate buzzwords like civilization and barbarism. Avoiding a Manichaeism thought must be the first step to defeat the terrorist organization. On the one hand, civilization is often a term determined by one or several particular civilizations and, on the other hand, the barbarism concept describes a proximity to meaninglessness and savagery that we do not find on the Daesh ideology but only on its acts, managed directly to achieve concrete objectives. When it is about wolves trained to devour humans, we cannot talk of animal behaviour. The management of barbarism is more related with civilization than with barbarism.

Understanding that those from Daesh are not barbarians but people who manage barbarism is fundamental to understand its success. We must place the organization under the civilization

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

framework; otherwise, pushing aside the Daesh phenomenon to a state of barbarism means moving it out from all possible political or social scenarios, where the dialogue, the intermediate postures, and the study and academic analysis take place. We must civilize Daesh, in the sense of introducing it again inside the civilization term, to understand it as it is, a conflict deeply related with western modernity. Building the civilization-barbarism dichotomy for so complex scenarios is just a simplistic demagogy that will only darken the phenomenon elaborating less efficient strategies to defeat it.

Palabras clave:

Daesh, yihad, civilización, barbarie.

Keywords:

Daesh, jihad, civilization, barbarism.

INTRODUCCIÓN: EL PROBLEMA DE LOS MANIQUEÍSMOS

Por lo general, cuando tratamos de analizar cualquier cuestión, prima la simplicidad. La escala de corrección en cuanto a la capacidad para definir un suceso es más alta cuanto menos compleja sea la explicación, en una especie de navaja de Ockham que encierra en magnos conceptos una multitud de situaciones particulares. Aceptando esa necesidad de simplificar tan humana como inevitable, es también esencial la labor de los especialistas, en el laborioso ejercicio de desenredar las formas específicas, múltiples, contradictorias y profundamente humanas que estos grandes conceptos albergan.

Los términos que se analizarán a continuación son la ya clásica dicotomía de civilización y barbarie, de nuevo en el centro del debate político –y periodístico y académico- tras los contactes ataques por parte del Daesh. El motivo principal para realizar este ejercicio es que estos sustantivos que pretenden describir nuestro mundo contemporáneo, a mi modo de entender, oscurecen más que aclaran la verdadera naturaleza del sujeto y las acciones que se pretenden analizar.

Los atentados se configuran a menudo como ataques venidos desde fuera, por parte de un enemigo lejano que habría conseguido infiltrarse secretamente en el mundo civilizado, y que mediante el terror intenta reducir a cenizas el progreso de la humanidad. Muchos se han aventurado a definir los acontecimientos como una guerra abierta de la civilización contra la barbarie, una guerra del mundo libre contra aquellos que pretendían oprimir a la humanidad, sin darse apenas cuenta que los asaltantes a menudo han nacido y crecido en Occidente.

El yihadismo global no ha estado nunca tan extendido como ahora y la amenaza terrorista inherente al mismo es, en el mundo occidental, la de mayor intensidad después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. El peligro se ve agravado por un crecimiento de las acciones llevadas a cabo por individuos occidentales, aislados y autoradicalizados: los llamados *lobos solitarios*.

Por lo tanto, antes de entender que significa el auge de este grupo terrorista, sus combatientes occidentales y las explosiones de violencia, hay que desaprender las viejas fórmulas descriptivas que no nos sirven; es decir, aquellas que diferencian radicalmente a los civilizados de los bárbaros. Para ello debemos, en primer lugar, definir estos conceptos absolutos y contrapuestos para ver si realmente se ajustan al uso que les damos al referirnos a fenómenos como el Daesh. Otra cosa sólo servirá para oscurecer el fenómeno y con ello elaborar estrategias menos eficaces para derrotarlo.

SOBRE LOS BÁRBAROS Y LOS CIVILIZADOS

El uso de términos absolutos y contrapuestos resulta un problema a la hora de comprender el nuevo yihadismo y diseñar una estrategia exitosa para derrotarlo. Y para resolver un problema hay que poder explicarlo, es decir, es preciso definir unos hechos y entenderlos. Lo que contemplamos a simple vista, tanto en los vídeos como en las imágenes del grupo, que circulan constantemente, es el impacto de la violencia y la crueldad. Pero violencia y crueldad no son más que epifenómenos de lo que llamamos barbarie. Sólo a través de unos actos físicos podemos rellenar este concepto dantesco que nos llama tan poderosamente la atención y que crea a su alrededor un discurso propio que debemos analizar. Efectivamente, no basta con quedarnos en la acción; será preciso comprender de qué tipo de violencia se trata y su motivación, es decir, para qué se ejerce esa violencia y por qué se le une a ella una crueldad exacerbada.

Es barbarie el sustantivo que aparece en boca de todos tras cada ataque, desde las tertulias de café a los altos representantes y dirigentes públicos. Atentados no sólo contra Occidente, sino contra toda la humanidad en general, contra la misma idea de civilización. Ataques de un mundo bárbaro que pretende acabar con siglos de desarrollo histórico. Y es sin duda ese contraste lo que explotan tanto unos como otros. No podía haber motivación posible ante tales actuaciones carentes de toda humanidad y por tanto hay que buscarla en la sinrazón del salvaje. La crueldad de la que se vanaglorian hace que la sociedad les sitúe más allá del límite de la condición humana, en un estado de salvajismo primitivo donde es imposible cualquier tipo de diálogo o negociación.

Hay una primera explicación que parte de la pura confrontación, una idea que, a mi parecer, oscurece las verdaderas motivaciones de los actos que estudiaremos. Una narrativa que se configura a partir de los choques irreconciliables entre términos absolutos, y que acaba derivando en último lugar a los viejos maniqueísmos del Bien y el Mal. Trataré de apartar el uso de la crueldad y la violencia por parte del Daesh de las definiciones categóricas que pretenden simplificar en exceso los hechos. Sólo así podremos acercarnos a la tipología y la motivación de tales ataques.

A civilización y barbarie le añadiremos un tercer término, el de civilizaciones en plural, que algunos autores han utilizado como puente entre estos dos conceptos aislados, y que representa a menudo la idea del relativismo cultural.

Empecemos por el término barbarie. Sin pretender realizar una historiografía de la palabra, ejercicio interesante que por otra parte han realizado ya algunos autores¹, debemos volver al significado original de ésta, el cual nos aportará elementos interesantes para entender en qué sentido se sigue empleando hoy.

¹ Recomiendo especialmente a Roger-Pol Droit y su *Genealogía de los bárbaros* (2009).

Sabemos que el término ‘bárbaro’ tiene su origen en la Grecia antigua, donde consiguió asentarse en el lenguaje común. Curiosamente, no tenía la connotación de salvajismo o crueldad que puede albergar hoy en día, sino que reflejaba simplemente aquel que no era ciudadano griego, y más exactamente, que no hablaba griego. Posteriormente, quizás por tergiversación del primero, apareció el uso del término como juicio moral, agregando a la definición un carácter peyorativo, ya que los bárbaros no sólo eran extranjeros, sino que transgredían las leyes más básicas de convivencia, cometían los actos criminales más abominables, incluyendo el parricidio o el infanticidio, vivían aislados de otras comunidades, recurrían amplia y sistemáticamente a la violencia o tenían relaciones sexuales sin ningún tipo de control o pudor. Herodoto define de forma muy categórica a los bárbaros: “son como animales”². Esa animalidad es esencial para entender el significado profundo del término. Edulcorado con lo políticamente correcto, este es el mensaje que prevalece, y que permite el imperialismo a partir del siglo XV y sus intentos de traer la civilización a los rincones perdidos del mundo.

Precisamente, fue en la Edad Moderna donde la idea de civilización en singular fue elaborada. Fueron pensadores franceses de corte ilustrado, en el siglo XVIII, quienes lo entendieron como término opuesto al concepto de barbarie. Se trata en la mayoría de los casos de filósofos con ideas progresistas y pensamientos teleológicos sobre el devenir histórico, en donde la evolución cultural debía pasar por diferentes fases, entre ellas el salvajismo, la barbarie y la civilización. Vemos esa idea de forma transversal en distintos pensadores de la época, desde el idealismo de Rousseau al positivismo de Comte. Las diferencias principales con las que algunos pueblos se consideraban civilizados radicaban en que eran sociedades urbanas, alfabetizadas y producto de un acuerdo social. Características similares a las que utilizaban los griegos para autodefinirse, y con ello contraponerse a los bárbaros, aunque radicalmente opuestas en el sentido en que para los pensadores ilustrados la dicotomía bárbaro-civilizado formaba parte de una teleología histórica.

Como vemos, regresa esa concepción lingüística primigenia del bárbaro como ser aislado, violento e incomunicado que se contrapone al social hombre civilizado, acompañada esta vez de la fuerza de la Ley –que ordena el caos y la arbitrariedad en un sistema igualitario- y la posibilidad de coexistencia pacífica en una misma ubicación, la ciudad (*civitas*), término de donde proviene la palabra civilización. Así, bajo la influencia del marco conceptual ilustrado, durante el siglo XIX los estudiosos europeos dedicaron su fuerza intelectual, diplomática y política a trazar la línea de separación entre unos y otros, los criterios por los que algunas sociedades no europeas se podían juzgar como suficientemente “civilizadas”. Este legado de la Ilustración es el que sigue perviviendo hoy en día: La legitimidad de un juicio absoluto desde una perspectiva transcultural.

² HERODOTO. (1997) *Historia. Libro III* (Trad. Carlos Schrader), Madrid, Editorial Gredos, p. 101.

LAS CIVILIZACIONES Y OCCIDENTE

Como vemos, el término civilización se opone históricamente al de barbarie. Sin embargo, es imprescindible hablar también del término civilizaciones, pues su significado cambia considerablemente cuando nos referimos a ellos en plural. Se trata, al hablar de “las civilizaciones”, de una expresión que viene a definir una cultura o un conjunto de culturas parecidas, y en el cual me parece necesario adentrarnos con brevedad.

Los elementos en los que forjar la existencia de una civilización son múltiples, abstractos y dinámicos, pero se suele definir como un aspecto de identidad colectiva de grandes masas de población. Aceptando los diversos aspectos que los autores³ han propuesto para diferenciarlas, encontramos entre ellos las características físicas (etnia o raza), la lengua, la religión y los valores que marcan la forma de vida e interacción social. Una civilización se trata, en definitiva, del más alto grado de identidad cultural, un espacio donde convergen un conjunto de fenómenos culturales atados bajo grandes principios que identifican por encima de las diferencias y crean una identidad nueva.

A juzgar por uno de los expertos norteamericanos más influyentes en lo que concierne a las civilizaciones, Samuel P. Huntington, las civilizaciones contemporáneas que coexistirían con la Occidental serían la Sínica, la Japonesa, la Hindú, la Islámica, la Ortodoxa, la Latinoamericana y la Africana. En su planteamiento se construye la noción de civilización como un sinónimo de cultura, y así entendemos el término, como un elemento básicamente de identidad cultural.

Huntington construyó uno de los discursos que más poderosamente se ha establecido en la teoría política de las relaciones internacionales, popularizando la expresión “choque de civilizaciones” más allá del mundo académico. El politólogo norteamericano afirma que los conflictos del futuro no serán ideológicos ni económicos, sino mayoritariamente culturales. Bloques de países que forman civilizaciones enteras y que configuran concepciones y formas de entender el mundo –teleologías históricas- incompatibles entre sí. No es posible, por ejemplo, el entendimiento pleno entre el mundo occidental y el mundo islámico, ambos están destinados a enfrentarse una y otra vez hasta que uno de los dos desaparezca.

El autor añade incluso que el problema de Occidente no es sólo con los extremistas islamistas violentos sino con el mismo Islam, contra el que libraría un combate milenar por el poder, la tierra y las almas⁴. El conflicto radica, para Huntington, más que en lo político o ideológico, en lo cultural. Creo que en esa concepción de cultura subyace una importante base moral que es, a la vez, elemento esencial para entender el conflicto, pero también la raíz de los problemas que vendrán a continuación, pues efectivamente al introducir el

³ Autores clásicos que analizan los casos de civilizaciones en la historia, entre ellos destacar Carroll Quigley, Arnold J. Toynbee, y Oswald Spengler.

⁴ HUNTINGTON, S. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, pp. 248-249.

conflicto moral aparecen los juicios etnocéntricos, que mezclan la civilización y lo civilizado. El elemento moral es indiscutible en la esencia conflictiva que pretende describir entre Occidente y el Islam, ya que según Huntington “en el mundo occidental y en el mundo islámico se constituyen dos versiones completamente diferentes de lo que está bien y lo que está mal y, en consecuencia, sobre quién tiene razón y quién se equivoca”⁵.

Uno de los problemas que esta concepción a menudo entraña es la yuxtaposición entre una civilización –a menudo la Occidental- y lo civilizado, procedimiento que efectivamente vivió un auge en los años 90, especialmente tras el fin de la Guerra Fría y la hegemonía norteamericana en su modelo ideológico. Así pues, la idea de civilización en singular ha reaparecido en nuestra modernidad bajo el argumento de que hay una civilización mundial universal. Una idea que implica, en términos generales, la convergencia de la humanidad en una unión, causada por la aceptación de valores, creencias, prácticas e instituciones comunes a cada pueblo y cada persona del mundo.

Tras el 11-S se desencadenaron una serie de sucesos destinados a acelerar ese proceso democratizador en Oriente Medio, siguiendo la estela de una ideología teleológica que se popularizó como el “final de la historia”, pronosticada entre otros por Francis Fukuyama, quien se refería a los Estados Unidos como la primera sociedad ya post-histórica. Parecía que la historia hubiera acabado y la democracia liberal de corte occidental era el único futuro posible; pero lo cierto es que, tras la caída del comunismo, el hielo se deshizo y la historia reanudó su curso tradicional.

Con el fracaso de la utopía democratizadora, se recuperó la idea de oposición maniquea, restableciendo una nueva dicotomía primordial que venía a substituir a otra, y que oponía una zona geográfica, Occidente, con una religión, el Islam, que a su vez se identificaba con el mundo árabe como si fuera lo mismo, a pesar de que las comunidades musulmanas más numerosas se encuentran en países no árabes del subcontinente indio y el sudeste asiático. La democracia, la libertad y los derechos humanos se convertían en estos valores occidentales de pretensiones universalistas, que configuraban la civilización y se oponían a la barbarie.

Muchas de las polémicas que dominaron los primeros enfrentamientos y situaron el estigma de *lo bárbarico* en el mundo Islámico empezaron en Europa como un ataque a la libertad de expresión, mayormente con el asesinato de Theo Van Gogh en 2004 y las caricaturas danesas del Jyllands-Posten en 2005⁶. Faltó debate en la esfera pública previo a los ataques violentos, y la no politización del problema llevó a la securitización del mismo y la eliminación de toda postura intermedia. En mi opinión es falaz presentar casos de este tipo como una lucha entre la censura y la libertad de expresión, y de nuevo se tiende así a

⁵ *Ibíd.*, p. 252.

⁶ TODOROV, T. (2008), *El miedo a los bárbaros* (Trad. Noemí Sobregués), Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 214-215.

polarizar el conflicto en lugar de abrirlo a múltiples interpretaciones. Quizás debimos entender que la experiencia religiosa forma en otras comunidades parte de una identidad a la que los europeos ya no estamos acostumbrados. El mundo ha cambiado, pero muchas sociedades siguen en una transición, entre la modernidad occidental y su mundo tradicional. Y no entender eso a propiciado que los radicales se apoderen de esa parcela eliminando el diálogo y convenciendo a partes de la sociedad de que el enemigo es la sociedad occidental y la única solución pasa por la violencia.

Los términos de civilización y barbarie han cristalizado en el imaginario colectivo occidental como antónimos perfectos a raíz de esos conflictos diarios, pero viciados muchas veces por las pretensiones universalistas occidentales, como si fuésemos los nuevos griegos en cuya sociedad se basa la civilización. El problema llega cuando ese juicio moral abstracto, el maniqueísmo dicotómico, se mezcla con el concepto relativista de civilizaciones y se distinguen entre civilizaciones más bárbaras o menos bárbaras, definiendo erróneamente unos conceptos en donde no caben puntos intermedios ni visiones relativistas.

De esa mezcla de civilización, barbarie y civilizaciones nacen a menudo confusiones que complican aún más un análisis preciso de los fenómenos. En la mayoría de ellas se erige una férrea relación entre la civilización occidental y *lo* civilizado, polarizando el discurso y mezclando términos, para hacer creer que otras civilizaciones o visiones del mundo no son simplemente *otras* sino que están atrasadas en el tiempo, anomalías que surgen en vagones descarrilados del tren de la historia, siendo el deber de aquellos civilizados el de restaurar la normalidad.

ACLARAR LOS TÉRMINOS

Si es cierto que las acciones del Daesh se tratan de actos de barbarie –o donde se actúa con una brutalidad y un salvajismo extremos- no lo es menos que más allá del acto de barbarie –de violencia- hay una motivación. Es un tipo de barbarie concreta que se ejerce de un modo concreto; y con más razón cuando la violencia se graba y se edita y se distribuye, pues el protagonista no es la víctima, que toma un papel secundario, sino el verdugo, que se comunica no con el pueblo oprimido sino con el “mundo libre” occidental. Para entender el fenómeno de la violencia del Daesh hay que ver, más allá de qué es, qué tipo y para qué. Llamarlo barbarie es sólo una definición parcial que se queda en el elemento superficial, en el hecho como elemento aislado, hacer la anatomía de un instante sin visualizar la secuencia completa.

Los juicios morales polarizan de un modo incorrecto el problema, centrándose en el mero hecho. O estás con el orden, la bondad y la licitud de lo civilizado –encarnado en los ideales básicos del “mundo libre”- o estás con el caos, la destrucción y la injusticia. Eso defienden muchos de los teóricos contemporáneos, entre ellos el historiador israelí Élie Barnavi, que

concluye su célebre obra *Las religiones asesinas* con un capítulo titulado “Contra el diálogo de las civilizaciones”, expresando taxativamente que “no hay dialogo posible entre civilización y barbarie”⁷.

Autores como Robert Kagan o William Kristol contribuyen con publicaciones como *Contra el Eje del Mal o Peligros presentes: Una civilización amenazada* a perpetrar ese maniqueísmo de buenos contra malos. Afirman que “Estados Unidos se compromete con el mundo sobre la base de verdades universales [...] nuestros valores no son sólo nuestro patrimonio, sino herencia común de la humanidad”⁸. En análisis como éstos se hace patente la yuxtaposición entre una civilización y *lo civilizado*, entre un término relativo y otro absoluto. Diferencia que debemos tener siempre presente si queremos enfrentar la violencia del Daesh en esta diatriba.

En un juicio moral no tardan en aparecer los valores más maniqueamente contrarios: el Bien y el Mal. “Si en la dialéctica *Bien-Mal* han prevalecido las fuerzas del *Bien* y de la Libertad” afirma Robert Kagan en *Contra el Eje del Mal*, “ha sido gracias a la preeminencia de un Estado liberal determinado, los Estados Unidos de América”⁹. A raíz del atentado del 11 de septiembre de 2001, se definió una retórica de lucha maniquea, una guerra de dimensiones monumentales que sobrepasaba lo puramente político. Refiriéndose a los atentados del 11-S, George Bush declaró en septiembre de 2002: “Nuestra responsabilidad con la historia es clara: dar respuesta a estos ataques y liberar al mundo del Mal”¹⁰. Discursos que se complementaron con múltiples referencias bíblicas, citándose a menudo en las comparecencias presidenciales el Libro del Apocalipsis de San Juan o el Libro de Isaías.

El mismo presidente, unos meses antes, el 29 de enero de 2002, pronunció, ante los miembros del Congreso su célebre expresión: “Eje del Mal” (*Axis of Evil*). Desde entonces, como nos explica John Gray en su obra *Misa Negra*, las narrativas occidentales –en especial norteamericanas- tomaron una mayor dimensión moral, y la dinámica de una guerra entre la bondad y la maldad permeó entre las élites políticas y la población civil. “El enemigo tiene un rostro. Se llama Satán. Y vamos a destruirlo” exclamó el Teniente Coronel de los marines estadounidenses, Gareth Brandl, antes del asalto definitivo a la ciudad iraquí de Faluya¹¹. El maniqueísmo se convierte aquí en un problema fundamental.

⁷ BARNAVI, E. (2007), *Las religiones asesinas*, Madrid, Turner, p. 135.

⁸ KAGAN, R. y W. KRISTOL. (2005) *Peligros presentes* (Trad. Ignacio de la Rasilla del Moral), Córdoba, Editorial Almuzara, p. 111.

⁹ KAGAN, R. y W. KRISTOL. (2005) *Contra el eje del mal* (Trad. Juan Jesús Mora), Córdoba, Editorial Almuzara, p. 54.

¹⁰ Comentarios del presidente George W. Bush delante de la Catedral de Washington el 12 de septiembre de 2002.

¹¹ GRAY, J. (2008) *Misa Negra* (Trad. Albino Santos Mosquera), Madrid, Paidós, p. 47.

Comprender los actos de violencia de un grupo como el Daesh a través de grandes juicios morales que engloben términos como Bien y Mal sólo complica el entendimiento del receptor y genera futuros problemas aún mayores. Entenderlo con teleologías históricas encerradas en diversos estados temporales que se enfrentan, la modernidad y su civilización contra la barbarie de un estado pretérito, crea confusión y complica la resolución de los problemas. Más aún cuando, como apunta el historiador estadounidense John Lukacs, “modernización se ha convertido en un sustituto débil y confuso de americanización”¹². Se tiende a confundir un ataque como el de la sala Bataclan o el semanario Charlie Hebdo como un ataque a Occidente o a la modernidad, cuando tanto el Daesh como su antecesor ideológico, Al Qaida, son ideologías claramente modernas, cuya existencia y *modus operandi* serían impensables sin la historia occidental¹³.

En definitiva, las dicotomías maniqueas simplistas nos enseñan más sobre la posición de altivez de quienes recurren a ellas que sobre la complejidad de los fenómenos que tratan de describir. Enfrentar al Daesh en términos de civilización contra barbarie, bien contra mal, libertad contra yugo o paz contra violencia es jugar con los significados para construir bonitas e impactantes frases, que confunden al receptor dando respuestas simples a problemas complejos. Y eso provoca que una parte de la sociedad efectúe reducciones entre conceptos tan diferentes como por ejemplo *musulmanes, islam, islamismo y yihadismo*. Se polariza de nuevo el conflicto en dos vectores enfrentados. La navaja de Ockham a veces corta demasiado.

Sin duda, los términos de civilización y barbarie son válidos, y como tales nos acompañarán durante mucho tiempo, pero hay que entenderlos desde una perspectiva no maniquea. Me parece particularmente útil la visión de estos conceptos que realiza Tzvetan Todorov en su ya clásico libro *El miedo a los bárbaros* (2008). Para el escritor búlgaro, “los bárbaros son aquellos que niegan la plena humanidad de los demás”, mientras que los civilizados son aquellos que “introducen una dimensión moral al reconocer la humanidad del otro, que al mismo tiempo forma parte de una identidad extranjera, expandiendo el círculo de la humanidad”¹⁴. Pero más allá de la definición, para Todorov esa polaridad en el discurso no existe en la realidad, la barbarie es en sí misma un rasgo propio del ser humano igual que lo es la civilización y, por tanto, resulta insensato esperar su completa erradicación. Podemos entender entonces que ni un término ni otro califican de forma permanente a los individuos, sino simplemente algunas de sus acciones. Como dice Todorov, “lo bárbaro o lo civilizado son los actos o actitudes, no los individuos o los pueblos. La civilización y la barbarie son dos

¹² GRAY, J. (2004), *Al Qaeda y lo que significa ser moderno* (Trad. Mar Vidal), Barcelona, Columna Edicions., p. 66.

¹³ Idea ya defendida anteriormente en : TORRES ROSELLO, J. (2015) “El auge del yihadismo en Occidente: un producto de la modernidad”, Instituto Español de Estudios Estratégicos, (en línea: www.ieee.es).

¹⁴ TODOROV, T. (2008) Op. cit., pp. 33-39.

horizontes a los que podemos acercarnos y alejarnos”¹⁵. Sí hay diálogo, entonces, entre civilización y barbarie.

No se tratan de antónimos perfectos, al menos no en el sentido en el que los usamos nosotros. Cuando hablamos de barbarie nos referimos a aquello que destruye la civilización, a lo que aniquila la construcción social producto de la cultura humana y lo retrotrae a un estado de salvajismo primitivo. Encontramos en Thomas Hobbes una de las definiciones más claras del enemigo de la civilización, que viene perfectamente descrito en el capítulo 13 del *Leviatán*: “es la sinrazón, la anarquía del estado de naturaleza en donde se libra una batalla de todos contra todos”¹⁶. Hobbes supo ver antes que nadie el antagonista del mundo civilizado. No es el poder incontrolado del Estado sino la ausencia de éste lo que define a la barbarie. Y es precisamente en el Daesh –el autodenominado Estado Islámico- donde el componente estatal juega un papel crucial y único en su especie, un elemento clave en su nombre y narrativa, que le aparta de la barbarie y le acerca a la civilización. Unas estructuras monstruosas, sí, pero estructuras estatales al fin y al cabo.

Civilización y barbarie, he aquí la diatriba. La sociedad contemporánea, con todos sus atributos, contra un antagonista atávico indeterminado –o determinado por su indeterminación- que se define meramente como la negación de su antónimo. Sin ideología propia, sin una razón de ser, la barbarie simplemente se opone a la civilización, al orden, a la ley, a la justicia y a la libertad. La barbarie vive del caos y en el caos, nada ni nadie está a salvo, es la arbitrariedad absoluta, actos que no entienden de clemencia ni piedad porque no tienen tras de sí una consciencia tratando de tomar decisiones. Quizás en este aspecto recupera su sentido primigenio, el que los antiguos griegos le dieron a esa palabra bicéfala, el que no hablaba griego era incapaz de pensar como un griego –de pensar racionalmente- y por tanto carecía de *logos* en todas sus dimensiones. Eso es la barbarie, una especie de involución animal, impredecible y salvaje. Pero en el Daesh no se trata de eso, sino de su contrario, de gestionar la barbarie.

La barbarie, más que oponerse al *logos* griego, la podemos definir como una ausencia de éste. Los actos de barbarie son actos salvajes, incontrolables, donde no media racionalidad ni empatía en el ejecutor. La barbarie que se opone a la civilización es la sinrazón, juzgada bajo el prisma de la razón. La barbarie gestionada es un contrasentido, un oxímoron rocambolesco que necesita de una definición más precisa. Los actos violentos del islamismo radical, que hemos descrito anteriormente como expresión física del término bárbaro, están llenos de contenido ideológico, de intencionalidad, de estudio y preparación. Su ejecución no es improvisada, sino planeada para una posterior recepción por parte de una audiencia determinada. Su finalidad no es el acto mismo, sino una serie de consecuencias futuras a ese acto. Cuando son lobos entrenados para devorar a seres humanos los que atacan, no

¹⁵ *Ibíd.*, p. 40.

¹⁶ HOBBS, T. (1992) *El Leviatán*, Valencia, Universitat de Valencia, p. 87.

podemos hablar de comportamiento animal. La barbarie gestionada tiene más que ver con la civilización que con la barbarie.

CONCLUSIÓN: UNA NUEVA NARRATIVA INCLUSIVA CON EL ISLAM

Como hemos visto, los viejos maniqueísmos de civilización y barbarie –o civilización contra barbarie- no nos sirven para definir correctamente el problema y encontrar una solución óptima para erradicarlo. El mismo concepto de civilización es a menudo un término viciado por una o varias civilizaciones particulares y, así mismo, el concepto de barbarie describe una proximidad hacia la sinrazón, el salvajismo, y un primitivismo simiesco que no se encuentra en el fondo ideológico del Daesh sino en sus actos, gestionados para alcanzar objetivos concretos.

Parece elemental, pues, que la estrategia para combatir a un enemigo cuya principal arma es la polarización de la sociedad –en especial la sociedad musulmana- no puede ser también una división radical entre buenos y malos. Combatir desde la civilización a un conjunto de bárbaros que habitan fuera de ella es una actuación condenada al fracaso. Es necesaria una nueva narrativa que entienda que esas dicotomías son erróneas, o cuanto menos confunden la significación profunda de los términos; como bien dice Torodov: “el maniqueísmo no puede luchar contra el maniqueísmo”¹⁷. Esperar la derrota del Terror, de la barbarie o del Mal es, en otras palabras, una mentalidad religiosa aplicada en términos políticos.

Hay que comprenderlo todo desde la civilización, colocar un fenómeno en un estado de barbarie es quitarlo del escenario político y social en donde cabe el diálogo, las posturas intermedias, el estudio y el análisis académico. Hay que *civilizar* al Daesh, en el sentido de introducirlo de nuevo dentro del término civilización, para poder comprenderlo como un producto de la modernidad occidental. Construir la dicotomía de civilización y barbarie para fenómenos tan complejos es producir una demagogia simplista que no debe pasar de los tópicos de café a los discursos políticos y académicos.

A mi modo de entender, el islamismo radical está mucho más cerca de los movimientos totalitarios occidentales del siglo XX que del Islam. En contra de lo que pudiera parecer, la oferta paradisíaca para quienes abracen su causa y den su vida por ella, o la invocación de Alá en todas las acciones, no implica que este terrorismo sea ni mucho menos de corte religioso. El Daesh recluta a sus miembros más activos en sociedades occidentalizadas, especialmente musulmanes desarraigados, y casi en su totalidad se trata de procesos de radicalización muy breves, en entornos de soledad y frustración, y sin ningún conocimiento profundo del Islam.

¹⁷ TODOROV, T. (2008), Op. cit., p. 162.

Como apunta Amartya Sen, “en realidad, el caos conceptual, y no sólo las malas intenciones, contribuye de forma significativa en los conflictos y barbaridades que observamos a nuestro alrededor”¹⁸. Los términos no sólo confunden a los detractores sino que también de esta confusión se producen muchas de las reconversiones al Islam y las radicalizaciones “expres” de yihadistas. Ni el término islámico, referido estrictamente al Islam, ni el islamista, que es una ideología política de muy amplio espectro, son los precisos a la hora de identificar estas identidades. Su empleo repetitivo junto a la palabra terrorismo no contribuye a la integración del colectivo musulmán en Occidente y, además, les empuja hacia una desafección por su país y una pérdida progresiva de identidad de la que organizaciones terroristas sin duda logran aprovecharse.

El espacio mediático, ocupado en gran parte gracias a sus crueles actuaciones, es también una herramienta discursiva que provoca el auge del yihadismo en Occidente. La violencia se convierte en un sello de identidad del grupo, ejercida de forma salvaje y brutal, golpeando a los pilares morales básicos de la civilización occidental y polarizando la confrontación entre el Islam y el resto. Elaboradas producciones que tratan de comunicar con los individuos desarraigados en el extranjero, que se identifican, más que con la víctima, con el verdugo. Una identidad predominante, que los musulmanes no pueden escoger, y que somete la compasión y la empatía, tomando el camino de la fuerza, la venganza y la heroicidad.

Es necesaria una visión disgregadora, que aleje las fuentes fundamentales de los conflictos de la religión o la cultura. Amartya Sen subraya que cuando las perspectivas de buenas relaciones entre los distintos seres humanos se ven primordialmente en términos de “diálogo y concordia entre civilizaciones”, se hace una enorme miniaturización del ser humano que dificulta todo camino a la paz¹⁹. Hay que empezar por dejar de hablar de civilizaciones, de civilizados y bárbaros, y empezar a hablar de seres humanos. Sólo así podremos imponernos a la barbarie, a la deshumanización del otro, a la quema de un rehén o a las degollinas que organiza el Califato en los territorios que mantiene bajo su control.

Es posible que el Daesh caiga cuando no pueda soportar más las necesidades humanas, y deje por tanto de producir los servicios de un Estado a los habitantes que mantiene bajo su control. Pero hay que entender los fundamentos y las razones de la existencia del Daesh, para poder no sólo combatir al grupo, sino combatir la ideología sobre la que se sustenta.

Entender, que no justificar, sólo la demagogia más simplista confundiría estos dos términos. Entender por qué centenares de ciudadanos europeos se convierten en combatientes del Califato. Entender por qué la violencia y la crueldad se disfrazan de virtud.

¹⁸ SEN, A. (2009), *Identidad y violencia* (Trad. Pere Núñez), Barcelona, La Campana., p. 11.

¹⁹ SEN, A. (2009), Op. cit., p. 10.

Entender qué significa un mundo globalizado, multicultural y abierto al diálogo. Sólo así podemos confeccionar un mundo donde la palabra sea más fuerte que la espada, con un discurso que incluya al mundo no occidental. Y impedir así que el ser humano se convierta en un maniquí de la historia, y que ésta tristemente siga repitiéndose, mientras nosotros permanecemos con distintos trajes pero con los mismos gestos.

i

*Jordi Torres Roselló**
Escuela Diplomática

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.